

## **LAS GUERRA NOMADAS. Episodio II ©By Karnak**

(continuación del relato La Marcha)

No déis tregua en la persecución de vuestros enemigos.  
Si vosotros sufrís, ellos sufrirán como vosotros;  
pero vosotros debéis esperar de Dios lo que ellos no pueden esperar.  
(El Corán. Sura IV, versículo 105)

El Gran Orco salió de la tienda Harén donde descansaba seguido de sus escuderas elfas que se afanaban en colocarle la armadura mientras intentaban mantener el paso de sus zancadas.

—Gruntzjjj, haz que los tambores toquen la alerta. Nos movemos.

El lugarteniente Gruntz ladró unas cuantas instrucciones a sus comandantes y se puso a la altura de su Amo.

—Acabamos de recibir un mensaje de la ciudad de Tentempié. Nos informan que los Nómadas la han tomado después de un feroz combate. Las tropas Servidoras y Engendras se dirigen a la ciudad desde el Este. Reúne a los Señores de la Horda en la tienda de mando, debemos trazar el plan de despliegue.

Gruntz corrió a avisar al resto de los Señores de la Horda. Mientras comenzaba a sonar el sordo retumbar de los tambores de guerra llamando a los Orcos a la batalla, de todos lados el campamento empezó a hervir de actividad mientras se ensillaban los lobos de batalla, se desmontaban las chozas y se cargaban los carromatos de transporte.

El Gran Señor de la Horda se encontraba frente a un mapa desplegado donde se veían las posiciones de los diferentes ejércitos y la situación de los pasos, las ciudades, los ríos y las fortalezas. Poco a poco se incorporaron los Señores de la Horda ante el mapa, Tor-Wuaki levantó la vista y anunció.

—Los nómadas han tomado Tentempié, aquí —dijo señalando un punto en el mapa—, Los ejércitos Engendros y Servidores se encuentran aquí y aquí. Nosotros estamos a este otro lado a unas 20 leguas de Tentempié. Señores, el Nómada ha cometido un error y hay que aprovecharlo, ahora se encuentra clavado en la ciudad Servidora y debemos alcanzarlo antes de que emprenda la huida nuevamente. Los tres ejércitos caeremos sobre Tentempié a primera hora de la tarde, debemos estar en camino en menos de una hora. Sulwine, tus hombres son los más lentos. Te adelantarás al resto de la Horda y avanzarás por las llanuras —señaló nuevamente el mapa—, a primera hora de la tarde avanzarás a la vanguardia de la Horda sobre Tentempié. Muggrath

tú avanzarás en el centro de la línea junto con la infantería. Daôn, reúne a tus arqueros y avanza cubriendo el flanco derecho. Fuzkazam, junto con tus arpías y el aprendiz cubrirás la retaguardia. Yo mismo avanzaré en el flanco izquierdo con mi Guardia Personal y los Resucitados. Gruntz tú con los jinetes de Lobo explora los alrededores de Tentempié y elimina cualquier punto de resistencia fuera de los muros. Señores, nos veremos en las puertas de Tentempié esta misma tarde. Si todo transcurre según lo previsto caeremos sobre el Nómada desde tres frentes al mismo tiempo. No quiero prisioneros.

Y levantando su arma hacia el grupo de generales gritó «**SANGRE Y GROG**».

---

La Horda avanzaba rápidamente por las estepas centrales de Vor-Lindporand en dirección a los Lagos. Pronto divisarían la ciudad de Tentempié y la expectativa de sangre le daba alas a los Orcos. El Gran Señor de la Horda se atrasó un poco y reclamó la asistencia del Mago y su aprendiz.

—Acaba de llegar un buitre con un mensaje de Gruntz. Los Servidores y los Engendros no han esperado por nosotros y han comenzado el ataque a Tentempié, el general Servidor es un inconsciente y ha desoído mis consejos en la batalla. Envía mensajes a todo el ejército, seguimos el plan inicial pero deben esperar mi orden para el ataque.

El aprendiz corrió hacia el carro donde se guardaban los buitres mensajeros mientras Fuzkazam escribía los mensajes cifrados en pergamino. Tor-Wuaki puso al trote a su lobo de batalla y se incorporó a su puesto junto a los Resucitados y su Guardia. Rumiaba sus pensamientos sobre la batalla y no le gustaba lo que estaba pasando, había recomendado al general Servidor que esperara la llegada de la Horda para atacar contundentemente con todos los efectivos de los ejércitos. Pero este ataque demasiado prematuro le daba la oportunidad al Nómada de defenderse escalonadamente de sus enemigos y además ahora lo hacía tras la seguridad de las murallas de la ciudad. Si el plan fracasa por culpa de la vanidad del Servidor, yo mismo lo estrangularé delante de sus tropas —pensaba el Gran Señor de la Horda—.

Durante el resto de la tarde la Horda avanzó implacable tras sus enemigos, en el horizonte ya se veían las columnas de humo de la ciudad bajo ataque. En esos momentos llegó el aprendiz a galope hasta situarse a su lado.

—Gran Amo. Noticias urgentes desde Lugash, el Nigromante tiene terribles noticias que comunicarte. —Y le ofreció un pergamino escrito en runas de sangre—.

El Gran Orco leyó las noticias y aunque intentó mantener su rostro impassible no pudo reprimir una mueca de horror. Sin embargo no tuvo tiempo para meditar sobre las nuevas noticias, desde el frente llegaba un emisario Servidor.

—Gran Señor de la Horda —dijo mientras se humillaba inclinando su cabeza y tocando su frente sobre el suelo, como correspondía a todo aquel que se dirigiera al Gran Amo y no fuera Orco—. El General Servidor os pide que atacéis inmediatamente Tentempié ya que los nómadas ofrecen más resistencia de la esperada y las tropas Servidoras no aguantarán más tiempo.

El Gran Señor de la Horda observó un instante al lacayo Servidor. Por un instante pensó en partirlo por la mitad de un golpe de Skali-bur, pero desechó la idea. No quería mancillar la Espada Sagrada con sangre de infraser.

—Dile a tu amo, que no acepto órdenes de quien no escucha los consejos de sus aliados. Le dije que aguardara la llegada de la Horda pero sus ansias de gloria le pudieron. Dile que atacaré inmediatamente porque en estos momentos no tengo más alternativas, tiene suerte porque tal vez en otras circunstancias dejaría que el Nómada le diera una dura lección a su orgullo de esclavo.

—Que suenen los tambores de batalla. ¡¡¡Orcos, vamos a la guerra!!!.

---

Al frente se veían las columnas de humo de los incendios en Tentempié, el Nómada se había cuidado de saquear la ciudad antes de entregarla intacta. El Gran Señor de la Horda se mostró pensativo, aferró con fuerza las riendas de su lobo de guerra. Poco a poco extrajo su kukri de la vaina de cuero con incrustaciones de esmeraldas y lo alzó sobre su cabeza. Los tambores de batalla comenzaron su monótono frenesí, la Horda comenzó a avanzar lentamente sobre la ciudad conquistada. Al frente marchaban los Resucitados al ritmo de sus desequilibrados pasos; tras ellos avanzaban los Olog-Khûsh agitando los enormes garrotes al aire; en el centro del despliegue la infantería con Tor-Wuaki al frente lanzando insultos al cobarde enemigo que se escondía tras las murallas de la ciudad saqueada. A la derecha Daôn y sus arqueros se parapetaban tras un grupo de rocas, mientras que a la retaguardia Fuzkazam lanzaba sus arpías mientras él y su aprendiz

concentraban las energías arcanas a su alrededor. En lo alto Muggrath y su ave de fuego se elevaban por los aires.

Mientras avanzaban hacia la ciudad se fueron encontrando con varias unidades Servidoras que huían de la batalla, ni siquiera las órdenes que lanzaba el Gran Señor de la Horda para que se unieran a sus filas y retomaran el combate consiguieron que esos cobardes dejaran de huir, no les importaba siquiera que lucharan por su ciudad.

-¡¡¡Cobardes!!!, escondeos como sabandijas. En la victoria de hoy los nómadas y vuestras hembras caerán rendidas a nuestros pies. Unos bajo el filo de las espadas y ellas pidiendo que las hagamos gozar. ¡¡¡ORCOS, A LA BATALLA!!! -Gritó el Gran Señor de la Horda- .

Un bramido recorrió toda la línea de batalla cuando toda la Horda gritó su consigna de guerra. ¡¡SANGRE Y GROG!!!. A escasos cien metros un hechicero servidor paraba estocadas asesinas con gran dificultad y varias unidades de engendros se defendían con garras y colmillos de la lluvia de ataques de los nómadas que los rodeaban. Por todos lados infantes y arqueros servidores arrojaban las armas y huían del campo de batalla. La aparición de los Orcos dio fuerzas a los Engendros y Servidores que aún combatían, sin embargo las unidades nómadas que contemplaban la batalla desde las murallas bajaron las armas abatidos. Habían resistido dos ataques consecutivos de un ejército mucho mayor en número, pero la visión de la Horda con todos sus efectivos desplegados y sus rostros sedientos de sangre era más de lo que podían combatir. Varias unidades nómadas comenzaron a retroceder hacia la ciudad mientras el resto de unidades servidoras y los engendros se recomponían y se aprestaban para dar el golpe de gracia a los invasores nómadas.

Pronto ocupó la Horda posiciones frente a la ciudad, Tor-Wuaki llamó a Gruntz a su lado.

—Envía un mensajero a las murallas con este mensaje. Rendíos sin condiciones y perdonaré vuestras miserables vidas, presentad batalla y seréis aniquilados de la faz de Klaskan.

---

No hubo gloria aquel día, ni vítores, ni desfiles de victoria, ni tan siquiera saqueos. Los Nómadas se rindieron a la Horda, entregaron sus armas y sus monturas y se dejaron conducir al campamento Orco. Ni siquiera los lamentos de los Servidores ni las amenazas de los Engendros hizo cambiar de opinión al Gran Señor de la Horda, respetaría la oferta hecha a los humanos y

esa misma tarde ordenó llevarlos a la fortaleza de Barad-Morkai. El resto de la Horda permaneció en Tentempié recibiendo las muestras de gratitud de las hembras servidoras (porque todo el mundo sabe que si bien los Servidores tienen tres brazos, los Orcos tienen tres piernas). En las sombras de la noche los Engendros desaparecieron con rumbo desconocido, su venganza no había podido ser consumada y a pesar de que habían conseguido vencer finalmente a los Nómadas y destruido sus ciudades su sed de sangre seguía sin aplacarse. Por su parte el general Servidor desapareció con la mayor parte de sus tropas, con toda seguridad había acudido a la capital de su Imperio a convencer con lisonjas y adulaciones a su Emperador de su brillante actuación ante la ciudad de Tentempié.

A la mañana siguiente la Gran Horda abandonó el territorio Servidor, no había nadie para despedirlos excepto un millar de hembras hambrientas de amor.

—Cualquiera diría que la Horda regresa de una batalla victoriosa Gran Amo. Parecemos un ejército derrotado. —Le dijo Gruntz al Señor de la Horda—.

—La Horda permanece invicta mi querido Gruntz, pero se acercan tiempos oscuros y difíciles para todos. —Tor-Wuaki extrajo de su alforja el pergamino con runas de sangre que había llegado de Lugash—. Pronto tendremos la oportunidad de luchar por nuestro honor, incluso por nuestra vida. Un terror ancestral ha despertado, ya nada volverá a ser igual.

---

Gorovod atisbaba el horizonte desde la ventana más alta de la Torre de Lugash, bebía una infusión de arándanos y estragón con unas pequeñas gotas de digital y estricnina (un fuerte reconstituyente para su delicada salud). A su espalda el espejo de plata reflejaba un lejano mar, azul y tranquilo. De repente el plato tembló y el agua se desparramó por el suelo, el nigromante volvió la cabeza y observó la superficie de plata pulida. Se quedó petrificado pues intuyó una sombra en el plato que le miraba con odio atávico, la copa de oro y gemas cayó al suelo y derramó la poción revitalizadora. Por primera vez en su vida el nigromante se estremeció de terror. Un antiguo y tenebroso Ser había despertado y de repente las puertas del Arallu se abrieron de par en par, Absablo regresaba para destruir el mundo.